

frescura que hacia pensar en las hurfes. Grandes cejas negras en arco prolongado, ojos de gacela encuadrados en un matiz azulado, labios de coral, dientes de marfil, manos y pies de una finura sobrehumana, hombros y piernas de

bronce florentino dibujadas con cabezas de serpiente y hojas de palmera.

El hombre cantó las siguientes palabras acompañándose él mismo con la música de un tamboril cónico: «Selido, hija



La almea y su familia.

mia, amo á tus ojos al través de tu aik, radiantes estrellas que el cielo me envia. Amo tu purpurina boca, abierta cual la granada madurada al sol. Amo tus blancos dientes que Alá, el gran pescador, ha sacado de las mas finas perlas de la mar.

«Tema todos estos boudjoucks, que he ganado y dáselos á tu madre para comprarte velos de lino, perfumes y alhajas. Tu adorno, cual tu belleza, forma el orgullo y el encanto de tu padre. Quiero pintar de henné las uñas de tus pequeños dedos, y de tus sonrosados pies.

SEGUNDA SERIE.—1862.

AÑO XX. 30.

«Yo te construiré una mansion cerrada al sol abrasador. La embelleceré para recibirte en ella. Allí estarán tus compañeras las flores, astros de la tierra. Negras te llevarán al baño perfumado, y te traerán mas blanca y mas radiante para que amorosamente te abracen tu padre y tu madre.

«Si los djinns te atormentan, el derbouka, y el baile los ahuyentarán. Si el viento del desierto abrasa la llanura, yo te llevaré sobre un palanquin á respirar la brisa de la montaña.

«¿Y cómo recompensarás al que te ha dado la vida y te cuidará cual un esclavo sometido á tus caprichos? Levantando hácia mí tus negros ojos é iluminando mi corazón con tu sonrisa.»

Este cántico notable no es una ficción. Ha sido recogido en Africa.

Jamás habia oído semejante cántico de amor paternal: y mi emoción fué tanto mas viva, cuanto que á través de la del cantor, conocí al padre en el músico.

La muger bailó en seguida el baile del pañuelo y del yatagan. Consiste este en cruzar en el aire en rápidas evoluciones y círculos místicos un brillante puñal y un cinturón con franjas de oro.

La almea estuvo arrebatadora en esta lucha guerrera y voluptuosa, cuyas posturas ofrecían un detalle característico. La bailarina se detenía bruscamente delante de un espectador, plantaba el yatagan á sus pies, como un desafío, y le miraba fijamente sin pestañear, cruzando sobre el arma las dos manos.

Entretanto cantaba el músico en brillantes metáforas el valor, la nobleza, y sobre todo la generosidad del espectador, hasta que éste deslizaba una moneda de oro ó de plata en la gorra de la bayadera. Todos los asistentes recibían á su vez esta invitación, y cada cual correspondía á ella con el entusiasmo escitado por la joven, que habia reunido ya una buena cantidad, cuando al fin vino á plantar el puñal delante de mí.

Hasta entonces no habia comprendido su alma, solo habia visto su belleza. La dignidad, la coquetería, el padecimiento, la vergüenza y los remordimientos, se pintaban en su frente y en su actitud.

Conociendo que yo leía en el fondo de su corazón, volvió la cabeza y derramó un torrente de lágrimas. Después con un gesto sublime rechazó mi ofrenda y me alargó una mano que estreché con respeto.

—¡Para Selido vuestro hijo! la dije acercándome á ella, deslizando una sortija de valor que llevaba en el dedo.

—¡Alá bendiga al roumi (el cristiano), que ha adivinado á la pobre madre! me respondió en árabe.

Y envolviéndose en su haica, desapareció con su marido.

En vano busqué su huella durante algunos meses. Al fin un día en los alrededores de Maskara, descubrí una muger cubierta con un velo llevando de la mano un niño tan gracioso, que permanecí estasiado delante de la una y del otro.

—¡Ya no soy almea! me dijo la muger lanzándome por entre su hayk una radiante mirada. He reconquistado el derecho de ocultar mi rostro como todas las moukeres, pero se lo dejaré ver al roumi, que ha dado esta sortija á Selido.

Y reconocí mi sortija en el dedo del niño; y separando la madre su velo, me enseñó su rostro mas admirable que nunca, porque la felicidad resplandecía al mismo tiempo en él, al par de la belleza.

Entonces me contó que se habia hecho almea dos años para levantar su aduar arruinado, volver á adquirir el rebaño que le habian robado, y cuidar su hijo enfermo.

Mi regalo habia sido como la señal de su fortuna, y de tal modo y con tal abundancia habian llovido los duros en su gorra, que al cabo de dos meses ella y su marido ocupaban un nuevo aduar con su hijo reanimado *por las brisas de la montaña*.

Hecho prisionero por los kabilas, algun tiempo despues, conseguí mi libertad por la intervencion de un desconocido, y supe que mi salvador era el marido de la antigua almea.

Despues lo he vuelto á ver con frecuencia en su mansion agrandada y próspera, con su familia aumentada con una hermanita y un segundo hijo digno del primero.

¿Esta Sontag no recuerda el hecho muy reciente de esta gran cantatriz que despues de ser la condesa Rosi ha vuelto á salir al teatro para reconquistar la fortuna de sus hijos?

El heroismo del corazón es de todos los paises, de todas las razas, y de todos los siglos.

CARLOMAGNO

Y LOS TRIBUNALES SECRETOS DE LA EDAD MEDIA.

LEYENDA SEGUNDA.

(Conclusion.)

Los que estudien detenidamente, guiados por la antorcha de una crítica juiciosa, la organización de los sucesos políticos en distintas épocas; los que fijen sus miradas en las costumbres, la índole y religion de los varios pueblos, que figuran en los anales de la historia; los que se remontan á las causas, que han promovido instituciones, que se han perpetuado por una larga serie de siglos, á pesar de sus graves defectos, descubrirán, despues de un maduro exámen, que hay tiempos y circunstancias en que un legislador se ve obligado á adoptar medidas violentas y hasta inquisitoriales para someter pueblos bárbaros, para castigar su ferocidad, para amansarlos y dirigirles por la senda del progreso y de la civilización. La Santa Vehmé y los franco-jueces, establecidos por Carlomagno, se propusieron en un principio, como único objeto, castigar con severidad á los hijos de los antiguos germanos, naturalmente feroces y belicosos, encarnados en sus creencias supersticiosas, y muy adheridos á sus usos y costumbres. Los pueblos, á quienes la espada de Carlomagno habia vencido, no tenían una idea perfecta del derecho; rechazaban con violencia las reformas mas útiles, y sufrían el dominio del gran conquistador con ira y la viva esperanza de sacudir su yugo. Carlomagno, pues, para poner freno al carácter impetuoso y obstinado, y al espíritu turbulento de sus nuevos súbditos, y al propio tiempo humillarles, necesitaba echar mano de medios y recursos muy eficaces, de medios y recursos ocultos, misteriosos y tan formidables y rápidos, que no les sería dable precaverse contra ellos, ni evitar el castigo. Todas estas particularidades abogan en abono de la Santa Vehmé, y nos demuestran, que la institu-

cion de este tribunal fué hasta cierto punto una exigencia de la época á que aludimos.

En un pueblo civilizado, que comprende perfectamente las ventajas del progreso y la utilidad de las reformas; en un pueblo en que cada cual tiene la conciencia de los derechos que le asisten, y de lo que exige el cumplimiento de sus deberes; el ejercicio de una autoridad absoluta con formas arbitrarias es un absurdo, que conduce á malos resultados: en un pueblo bárbaro, por el contrario, como el Alemania en tiempo de Carlomagno, no sucede lo propio; y un legislador no puede llevar á cabo sus planes, por muy buenos que sean, sin salir del camino ordinario, y apelar á medidas de rigor, porque los bárbaros desconocen y rechazan todas las formas legales. Pero, en atención á que podrian ahora los lectores culparnos, con sobrada justicia, de contradiccion por lo que acabamos de apuntar acerca de la Santa Vehmé, despues de haber espuesto con colores muy oscuros, y censurado en nuestro artículo anterior los procedimientos inquisitoriales, horrendos, crueles y tenebrosos de los francos-jueces y de todos los tribunales secretos de la edad media, nos vemos obligados á dar á nuestras ideas mas precision y claridad, á fin de disipar todas las dudas, y poner de manifiesto la realidad de los hechos.

Para comprender el origen, los progresos y la desaparicion de los tribunales secretos, es menester considerarlos bajo tres aspectos muy distintos en sus diferentes épocas: La de Carlomagno, que llega hasta el siglo XI; la del obispo de Colonia, señor de Wesfalia, que se estiende hasta los siglos XIII y XIV, y la de los emperadores Sigismundo, Alberto y Federico, que acaba en Carlos V.

En la primera época la Santa Vehmé, que figura como único tribunal secreto hasta fines del siglo IX, conserva el carácter de una institucion política, sometida á la autoridad soberana: el emperador elige los francos-jueces, y cuando estos fallan, no pueden ejecutarse sus sentencias, sin el consentimiento y beneplácito imperiales; la jurisdiccion de este tribunal es muy lata, y se estiende sobre toda clase de delitos; pero los francos-jueces, no perdiendo nunca de vista, que es su principal objeto humillar á los grandes y amparar á los desvalidos, persiguen con ahinco á los magnates, que abusan de su autoridad, bien sea perjudicando al Estado, bien sea á los particulares. Es de notar, sin embargo, que si el acusado se cree inocente, no se rechazan sus disculpas sin exámen; que algunas veces se le indulta, y que durante el proceso se le permite trasladarse de uno á otro pais con un salvo conducto imperial. La Santa Vehmé, pues, en esta época se nos presenta como una especie de policia secreta bajo la presidencia del príncipe, y los francos-jueces no son mas que magistrados elegidos por la corona, y sujetos á su autoridad.

Los Capitulares de Carlomagno contienen disposiciones admirables, y revelan á cada paso, como queda consignado en la primera parte de esta leyenda, la superioridad de su ingenio; pero algunas de sus leyes encontraron obstáculos invencibles, consecuencia de la ignorancia y barbarie de los tiempos. Habia á la sazón tribunales ordinarios; pero eran tantos los abusos introducidos en la administracion de la justicia, tantas las exenciones y tan ilimitados los privilegios en abono de los señores feudatarios, que estos lo podian todo contra el gefe del Estado. La Santa Vehmé, que heria en la oscuridad y el silencio con mano invisible, remedió en parte estos males, porque los hombres mas osados y prepoten-

tes no podian impedir con la fuerza, ni rechazar con sus violencias la ejecucion rápida de fallos que ignoraban; los castigos impuestos por la Santa Vehmé eran atroces y crueles, pero propios de la época, y no les habian inventado los francos-jueces. Nuestros padres ¿no presenciaron excesos de barbarie muy parecidos hasta mediados del siglo pasado? El tormento, la pena del fuego, la condena de los hombres á ser descuartizados vivos, ¿eran acaso castigos inferiores á los impuestos por los francos-jueces? El código de la Santa Vehmé, que hace estremecer á nuestros contemporáneos, no tiene los caracteres de una severidad exagerada en la época de Carlomagno, como hoy se cree. Pero todas las instituciones humanas, de por sí muy imperfectas, y principalmente las que otorgan poderes ilimitados á un cuerpo de individuos, como la Santa Vehmé, de que nos vamos ocupando, mas ó menos tarde degeneran y se desvian de la buena senda, porque los hombres, que se ven exentos de toda responsabilidad, dan rienda suelta, casi instintivamente á sus pasiones mas ruines, y procuran engrandecerse, ensanchando el círculo de sus facultades.

La Santa Vehmé en el siglo XI se sustrae de la autoridad soberana; los emperadores no pueden asistir á sus reuniones, sin hacerse iniciar primero como otro recipiendario cualquiera; los francos-jueces eligen sus colegas; fallan, castigan y condenan sin reserva; sus sentencias no necesitan ya la sancion imperial; los francos-jueces obran por su propia voluntad; la Santa Vehmé sirve de modelo á otros tribunales, que se forman por el mismo estilo; y tanto estos como aquella se convierten en sectas clandestinas y tenebrosas, que respiran sangre, odio y venganzas. Entonces el secreto, animado por el espíritu de secta, es mas rígido, mas inviolable; las sentencias de los tribunales secretos son terribles; la seguridad individual queda completamente aniquilada; y los hombres mas distinguidos, que temen atraerse las miradas de los francos-jueces, procuran asociarse á la Santa Vehmé. En tanto el antiguo imperio de Alemania, electivo y causa de intrigas, sin fuerzas suficientes ni centralizacion de poderes; los príncipes alemanes seglares ó eclesiásticos, mutuamente enemigos y estimulados por rivalidades ambiciosas, creen descubrir en la Santa Vehmé y en los demás tribunales secretos un cuerpo formidable de hombres, que pueden contribuir al logro de sus fines con las armas de la alevosia y de la traicion. Los francos-jueces, pues, adquieren en esta segunda época un gran prestigio y una triste importancia, y en el siglo XII ejercen un poderoso influjo en todas las córtes de Alemania, disponiendo á su antojo de los destinos de la nacion. La fama oscura y confusa, que ha llegado hasta nosotros de los tribunales secretos en este siglo, es un tejido de crímenes horrendos, de iniquidades inauditas, de condenas dictadas por el interés, la ambicion y las pasiones mas ruines. Pero, si es cierto, que nada puede perpetuarse en este mundo, y que cada siglo tiene sus necesidades y exigencias propias, es mas cierto aun que las instituciones, esencialmente malas, ó fundadas en la violencia y la arbitrariedad de un poder absoluto, tienden á desplomarse cada vez con mas fuerza, porque carecen de elementos sólidos; y tan luego como han desaparecido los motivos verdaderos ó supuestos, que las promovieron, su caida es muy segura y su ruina inevitable.

Los alemanes en el siglo XIV no conservaban mas que el recuerdo histórico de los usos y hábitos, de las costum-

bres y supersticiones de sus antiguos padres, á quienes calificaban ya de bárbaros; los motivos, pues, que habian mediado en tiempo de Carlomagno para establecer la Santa Vehmé eran una reminiscencia y no una actualidad. Los demás tribunales secretos, ramificaciones de esta última, tampoco tenian objeto ni mision especial que cumplir. Por otra parte, el derecho público en Europa habia comenzado á echar raíces: y los emperadores de Alemania, en cuya eleccion tomaban ya un interés casi dinástico, todas las demás potencias, adquirían cada día mas fuerza. No podian, pues, permitir ni tolerar tribunales secretos y clandestinos, independientes de la corona, y que obraban por sí solos con autoridad soberana. Pero una institucion, por mala que sea, no deja de crear intereses muy hondos con el trascurso de los años, y acaba siempre por tener un crecido número de defensores; los unos por egoísmo, los otros por costumbre y hábito, ó porque creen que es una profanacion sacrílega abolir las instituciones de sus padres, ó introducir en ellas innovaciones y reformas. En casos semejantes un gobierno no puede obrar franca y resueltamente, y se ve en la dura necesidad de contemporizar, apelando á medios mas ó menos indirectos, como sucedió con la Santa Vehmé, y los demás tribunales secretos de la edad media en esta tercera época. Los emperadores Sigismundo, Alberto y Federico les pusieron bajo su vigilancia; no buscaron su apoyo, como los antiguos príncipes y emperadores; no se manifestaron adictos á los francos-jueces, que frecuentaban sus córtes respectivas; y por último se declararon contrarios á sus procedimientos secretos y tenebrosos, y á sus fallos inapelables é inflexibles. Cuando Carlos V. ocupó el trono imperial, su política, sus conquistas y las inmensas fuerzas de que disponia, cambiaron enteramente el aspecto de Europa; le facilitaron el camino á inaugurar una nueva época, derribando los restos carcomidos de la edad media, y descargó con su poderoso cetro el último golpe á los tribunales secretos, ya debilitados é inhábiles á resistir á leyes, cuya observancia se apoyaba en la punta de las bayonetas. No queremos, sin embargo, pasar por alto en esta circunstancia, que contribuyó tambien á la desaparicion de los tribunales secretos la Reforma. Nosotros estamos muy lejos de aprobar sus delirios blasfemos; pero nos vemos obligados á convenir en que, habiendo establecido por su punto de partida el libre exámen en el órden religioso, inspiró un profundo aborrecimiento en todos los ánimos contra las medidas inquisitoriales y misteriosas.

Todo lo que llevamos espuesto, fundado en hechos históricos y no en hipótesis ó vanas conjeturas, nos pone de manifiesto que los tribunales secretos de la edad media tuvieron su cuna y ejercieron su formidable poder en Alemania únicamente. Podemos afirmar, sin embargo, con visos de alguna probabilidad, que tanto en este país, como en todos los demás de Europa, influyeron sobremanera en la creacion de una multitud de sectas, y que la francmasonería, cuya institucion se supone mucho mas antigua, ha adoptado en sus iniciaciones algunas ceremonias de la Santa Vehmé. Con efecto, como nadie ignora, los recipiendarios no pueden tener voto ni tomar parte en lo que tratan los francmasones en sus logías, sin someterse primero, como lo practicaron ya los francos-jueces, á las pruebas que transcribe su ritual. La inviolabilidad misteriosa del juramento, y la atrocidad de los castigos con que se amenaza á sus contraventores, conser-

van un mismo caracter en la Santa Vehmé y en la francmasonería. En entrambas hallamos establecido el mismo órden jerárquico de primero, segundo y tercer grado; sabemos además, que los francos-jueces se distinguieron tambien con el nombre de *rose-croix*, que es un título masónico; y finalmente los nombres genéricos de francos-jueces y francmasones nos indican, que tanto estos como aquellos se consideraron en todos las épocas exentos de la observancia de las leyes ordinarias, establecidas y sancionadas por la autoridad legitima, encargada del gobierno del Estado.

El autor de la obra anónima sobre las sociedades secretas, etc., arriba citada, cap. XXXI, cree que la del ORDEN DE LA PERFECTIBILIDAD, fundada en el 1776 por Weishaupt en Alemania, y convertida mas adelante por sus adeptos en secta de los nuevos iluminados, no fué mas que un restablecimiento de la Santa Vehmé bajo otra forma. Si queremos parar mientes tan solo en la inviolabilidad del juramento, que exigian los francos-jueces, en los castigos terribles con que amenazaban á los que osáran quebrantarle, y en sus iniciaciones oscuras y tenebrosas, no cabe duda que se nota mucha semejanza entre los antiguos tribunales secretos y los iluminados de la época moderna; pero no sucede lo propio en cuanto al objeto que se proponian los primeros, y al que se propusieron los segundos. Los francos-jueces se creian autorizados, en virtud de sus constituciones y reglamentos, á administrar una justicia rápida y severa en abono de los que eran, á su entender, víctimas de los fuertes, á humillar á los prepotentes, á proteger á todos los desvalidos; los iluminados modernos querian, por el contrario, organizar una sociedad nueva, derribando todo lo existente; y en sus delirios se daban siempre, con el firme propósito de engañar, por taumaturgos, que poseian los secretos mas maravillosos, como la medicina universal, la bebida de la inmortalidad, el arte de hacer el oro y los diamantes, y la ciencia oculta de evocar á todos los espíritus invisibles y á las almas de los difuntos (1). Nosotros, pues, ateniéndonos únicamente á la historia, y sin salir del terreno de los hechos, ponemos término á este artículo, último de la presente leyenda, con decir á los lectores que la Santa Vehmé y los demás tribunales secretos, muy distintos de la secta de los iluminados modernos, en cuanto á su objeto, fueron una institucion muy viciosa, atroz y arbitraria, pero exigida hasta cierto punto por la oscuridad y confusion de los tiempos, y que desaparecieron de la faz de Europa á consecuencia del progreso de las luces.

SALVADOR COSTANZO.

EL MENDIGO.

En la puerta de la catedral de San Juan de Leon de Francia, veíase hace tiempo, un mendigo que constantemente, hacia veinte y cinco años, iba á sentarse todos los días en el mismo sitio. Tan acostumbrados estaban los fieles á

(1) Los que quieran enterarse de todos los pormenores acerca de la secta de los iluminados, y pasar al mismo tiempo un rato muy divertido, podrán leer lo que nos ha dejado escrito sobre las sectas secretas de Alemania el conde de Mirabeau en la «Monarquía Prusiana» tomo 5.º, lib. VIII, pág. 58 y sigs.—Edicion de Londres, 1788.—Y en la historia de lo maravilloso en los tiempos modernos, Luis Figuier.—Paris, 1860.

verle allí, que les parecía en cierto modo, como que formaba parte del ornamento de la fachada de la santa basílica, como las estatuas de piedra encajadas en los nichos de la gótica portada. Juan Luis, era su nombre. Traslucíase en sus harapos un reflejo de dignidad que revelaba una educación superior á la que generalmente acompaña á la miseria: así era que, en medio de aquella clientela abandonada por las poblaciones, que cada iglesia acoge bajo sus alas maternales, gozaba el pobre viejo de cierta consideración, consolidada además por su equidad en la repartición de las limosnas, única beneficencia del pobre, con respecto al pobre, y por su celo en sosegar las contiendas que se suscitaban á veces entre sus compañeros de miseria. Su vida y sus desgracias eran un misterio para todo el mundo; solamente se sabía que Juan Luis era católico. En el momento de las ceremonias religiosas, cuando la oración se alzaba ferviente hácia el cielo con el perfume de las flores y el incesante de los jóvenes levitas, cuando los piadosos cánticos resonaban bajo la ancha bóveda de la gótica nave; cuando la voz grave y melodiosa del órgano sostenía el solemne coro de los fieles, el viejo mendigo, se sentía impulsado á confundir su oración con la de la iglesia. El indecible encanto que ofrecía el adusto y sombrío aspecto de la antigua catedral; el fantástico reflejo del sol al trasluz de los pintados vidrios, la sombra de los pilares, alzados hacia siglos como un símbolo de la eternidad de la religión; el altar elevado sobre numerosas gradas, y que se aparecía en la profundidad de la nave resplandeciente con la luz de los cirios y el esmalte de las flores, todo inspiraba al viejo mendigo una inefable admiración: copiosas lágrimas surcaban las profundas arrugas de su rostro. Una gran desgracia ó un profundo remordimiento parecía agitar su alma. En los tiempos de la primitiva Iglesia, todos le hubieran tomado por un criminal condenado á desterrarle de la asamblea de los fieles, y á pasar silenciosa la sombra, por medio de los vivos.

Un anciano sacerdote iba todas las mañanas á San Juan, á decir misa: daba bastantes limosnas, y entre los pobres instalados á la puerta de la antigua catedral, Juan Luis había llegado á ser para el objeto de una especie de afectuosa predilección.

Un día no acudió Juan Luis á su acostumbrado sitio; el cura Sorel, deseoso de no privarle de su limosna diaria, busca la casa del mendigo,—y, ¡cuál es su sorpresa al hallar, en vez de un miserable zaquizamí, una habitación suntuosa, y en un rincón, en medio de todos aquellos objetos de lujo inventados por el rico feliz, un montoncillo de paja en que yacía tendido el pobre viejo!...

La presencia del sacerdote reanimó al anciano, quien, con voz llena de gratitud, exclamó:

—¡Cómo, os dignais, señor cura, acordaros de un desgraciado!

—Amigo mío, respondió el cura Sorel, un sacerdote no olvida mas que á los dichosos de la tierra. Venia á saber si necesitábais algun socorro.

—Ya no necesito nada, respondió el mendigo: mi muerte se acerca... ¡solo mi conciencia no está tranquila!

—¡Vuestra conciencia! ¿Teneis acaso alguna culpa que expiar?

—¡Un crimen, un enorme crimen, del que toda mi vida ha sido una cruel é inútil expiación! ¡Un crimen imperdonable!

—¡Un crimen imperdonable! no los hay, exclamó el sacer-

dote con entusiasmo. Dudar de la misericordia divina sería una blasfemia mas horrible que vuestro crimen mismo. La religión tiende sus brazos al arrepentimiento. Hermano mío, poned vuestra confianza en Dios, y si habeis pecado mucho, mucho os será perdonado, por que el pecador que se arrepiente, tiene mas derecho todavía á la misericordia divina, que el hombre que no ha pecado nunca.

—¡Pues bien! dijo el mendigo despues de algunos esfuerzos, vais á oír una historia horrible, pero no es á un sacerdote á quien quiero confiársela, sino á un hombre que me tiende una mano amiga en este momento fatal, porque es menester que sepais que soy indigno de los sacramentos y de las oraciones de la Iglesia. ¡Oh! sin embargo... añadió, y un rayo de esperanza brilló sobre su pálido semblante, sin embargo, cuando me hayais oído como hombre, si creéis poder bendecirme como sacerdote... os obedeceré... y me ayudareis á morir.

Soy hijo de un pobre vinador de Borgoña, honrado con el aprecio del señor de nuestro pueblo, con lo cual, desde mi niñez me recogieron en el palacio del señor conde y me destinaron para ayuda de cámara de su hijo. La educación que me dieron, mis rápidos progresos en el estudio, y sobre todo, la bondad de mis amos, me llevaron á la casa de secretario. Acababa yo de cumplir veinte años, cuando estalló la revolución. Seducido por las ideas del día, no tardé mi ambición en despreciar la situación precaria, y dependiente en que me hallaba. Desde París, el furor de los revolucionarios cundió en breve á las provincias: el señor conde, temiendo ser preso en su palacio, despidió á sus criados, y fué con su familia á refugiarse en Leon, esperando en medio de aquella gran población, escapar por olvido al cadalso. Considerado como un hijo de la casa, yo le seguí. Reinaba entonces el terror en todo su auge, y nadie sabía el secreto del retiro de mis amos. La confiscación había devorado sus bienes; pero poco se les importaba: todos estaban reunidos, tranquilos, y nadie los conocía: animados de una fé viva en la Divina Providencia, esperaban un porvenir mejor. ¡Vana esperanza! La única persona que podía revelar su secreto y arrancarlos de su asilo, tuvo la villanía de denunciarlos. Este delator soy yo!...

El padre, la madre, dos hijas, ángeles de hermosura y de inocencia, y un niño de diez años, fueron sepultados juntos en un calabozo. El mas frívolo pretexto bastaba entonces para enviar al inocente á la muerte; sin embargo, el acusador público no acertaba á hallar un motivo para perseguir á aquella noble y hermosa familia... pero hubo un hombre iniciado en los mas íntimos secretos del hogar doméstico, que envenenó las mas sencillas circunstancias de su vida, é inventó el crimen de conspiración contra la república. Este calumniador, soy yo!

Pronuncióse la fatal sentencia: solo el niño fué perdonado. ¡Pobre huérfano destinado á llorar á toda su familia, y á maldecir á su asesino, si llegaba algun día á conocerle!

Resignada y consolándose con sus virtudes, aquella desventurada familia aguardaba la muerte en la cárcel. Ocurrió casualmente un olvido en la órden de las ejecuciones, y si un hombre impaciente de enriquecerse con algunos despojos, no se hubiese presentado á perseguirlos, se libertaban del cadalso, pues pasaba esto la víspera del 9 de termidor. Pero aquel hombre acudió al tribunal revolucionario é hizo rectificar el error: la recompensa de su

celo fué un certificado de civismo. Este revelador soy yo!

Aquella misma tarde, el carro (1) fatal llevó á la muerte á aquella noble familia. El padre, cargada la frente de un profundo dolor, ocultaba en sus brazos la mas jóven de sus hijas; la madre, muger firme y cristiana, estrechaba sobre su pecho á su hija mayor, y todos, confundiendo sus recuerdos, sus lágrimas, sus esperanzas, repetían las oraciones de los difuntos. Como era tarde, el verdugo, cansado de su trabajo, habia confiado á uno de sus ayudantes aquella terrible ejecución: poco acostumbrado á la horrible faena, imploró el asistente el ayuda de un transeunte: un hombre de buena voluntad, se prestó á ayudarle en su horrible ministerio... Este transeunte que se hizo verdugo soy yo!

¡Y el premio de tantos crímenes ahí le teneis! Todas esas riquezas pertenecieron á mis antiguos amos, y todavía me parecen cubiertas de su sangre; por espacio de veinte y cinco años he estado aquí encerrado con ellas, para que los crueles remordimientos que á cada instante reaviva su vista en mi alma, diesen principio á mi expiación. Entre los hombres, he querido pasar por un miserable mendigo, y cubierto de andrajos; sufrí, una despues de otra, todas las humillaciones de la pobreza. La caridad pública me dotó con un puesto á la puerta de la iglesia donde he pasado tantos años; pero el recuerdo de mi crimen era tan punzante que, desesperando de la bondad divina, jamás osé implorar los consuelos de la religion, ni manchar el santuario con mi presencia. ¡Oh! ¡Cuán largo y profundo ha sido mi arrepentimiento! pero tambien, ¡cuán impotente! señor cura ¿creéis que puedo esperar mi perdon de Dios?

—Hijo mio, vuestro crimen es espantoso; sus circunstancias sobre todo son atroces; los huérfanos privados de sus padres por la revolucion comprenden mejor que nadie los padecimientos de vuestras víctimas. Una vida entera penada en las lágrimas no es demasiado para expiar tanta maldad; pero los tesoros de la misericordia divina son inmensos. Merced á vuestro arrepentimiento, tened confianza en la inagotable bondad de Dios.

Como animado de una vida nueva, levantóse entonces el anciano mendigo dirigiéndose hácia un cuadro:

—Ved, padre mio, la imagen de mis víctimas, dijo desorientado el crespon que le cubria. ¿Creéis que no impedirán que lleguen mis oraciones hasta Dios?

A aquel espectáculo, el cura Sorel de Valriemí deja escapar estas palabras:

—¡Mi padre! ¡mi madre!

El recuerdo de aquella horrible catástrofe, la presencia del asesino, la vista de aquellos objetos que habian pertenecido á sus padres, desgarran el alma del sacerdote, el cual cediendo á un desmayo involuntario, se deja caer sobre una silla. La cabeza apoyada en sus manos, derrama copiosas lágrimas: una profunda herida acababa de abrirse en su corazón!...

El anciano mendigo, aterrado, sin atreverse á alzar los ojos al hijo de sus amos, al juez terrible é irritado que le debía su cólera mas bien que el perdon, besaba y regaba con su llanto los pies del sacerdote, repitiendo con voz desesperada:

—¡Amo mio! ¡amo mio!

El eclesiástico pugnaba, sin mirarle, por comprimir su dolor.

(1) En Francia los reos de muerte, van al suplicio en un carro ó carreta que llaman *tambereau*.

Y el mendigo exclamaba:

—Sí, soy un asesino, un monstruo, un infame... señor cura dispóned de mi vida. ¿Qué he de hacer para vengaros?

—¡Vengarme! responde el sacerdote volviendo en sí á esta palabra: ¡Vengarme! ¡vengarme, desgraciado!

—¿No decia yo bien que mi crimen era imperdonable? Bien sabia yo que la religion misma me rechazaría con horror: el arrepentimiento no es nada para un criminal de mi especie. ¿No hay perdon para mí?

Estas últimas palabras, pronunciadas con voz que desgarraba las entrañas, recuerdan al sacerdote su mision y sus deberes: la lucha entre el dolor filial y el ejercicio del poder sagrado cesa al punto. La flaqueza humana habia reclamado un momento las lágrimas del afligido, la religion restaura el alma enérgica del sacerdote. Coge el crucifijo, prenda de su padre, que se halla en poder de aquel desgraciado, y dice con voz cariñosa y profundamente conmovida:

—Cristiano, ¿es sincero tu arrepentimiento?

—Sí, padre mio.

—¿Te inspira tu crimen un horror profundo?

—Sí, padre, sí.

—Dios, inmolado en esta cruz por los hombres, te perdona.

Entonces el sacerdote, estendida una mano sobre la cabeza del penitente, y alzando en la otra el signo sagrado de nuestra redencion, hace descender la clemencia divina sobre el asesino de toda su familia.

Vuelta la cara hácia el suelo, el viejo mendigo estaba inmóvil á los pies del eclesiástico. Tiende éste la mano para levantarle. ¡Estaba muerto!

EMPLEO DEL TIEMPO.

La vida, ha dicho el célebre botánico Candolle (1), se compone de tres partes:

La primera, consagrada al trabajo útil para sí y para la sociedad.

La segunda, á la diversion y al placer.

La tercera, dedicada á esa multitud de ocupaciones su balternas que no producen ni utilidad, ni placer.

El arte de gobernar bien su vida, consiste en disminuir esta última parte cuanto sea posible, aumentando las otras dos.

La diferencia que existe entre un hombre y otro, depende principalmente de la proporcion mas ó menos hábil que cada uno establece entre estas tres divisiones; parte LABORIOSA, parte AGRADABLE y parte INDIFFERENTE de la vida.

Si se restringe demasiado la parte dedicada al placer y á la diversion, por exagerar las proporciones de las consagradas al trabajo, el hombre se consume, se debilita y enferma aumentando de este modo la parte indiferente, que es la menos preciosa.

De la misma manera si se destina demasiado tiempo á la parte agradable, la facultad de gozar se concluye, el placer nos presenta menos atractivos, el fastidio se apodera de

(1) Memorias y recuerdos de Agustín Piramo de Candolle, escritas por él mismo y publicadas por su hijo. Impresas en Ginebra, en casa de Joël Charbuliez; y en Paris en la misma casa en 1852.

nosotros y caemos también en la parte indiferente de la vida.

Debe cuidarse mucho de que la tercera parte no se aumente á costa de las otras dos, sino que por el contrario, estas tomen cuanto puedan de aquella.

Es preciso para poder llegar á este resultado, suprimir en gran parte, los cumplidos y deberes ociosos de una política demasiado meticulosa (1).

No dejarse llevar ni del trabajo ni de la diversion (2).

Abreviar cuanto sea posible el tiempo que es preciso conceder á las operaciones materiales de la vida.

En una palabra procurar perder poco tiempo; tal es la táctica mas favorable para la dicha y el talento.

Dos medios hay para disminuir la parte indiferente.

El orden que hace que cada operacion se ejecute con mas prontitud, y la costumbre que economiza el tiempo que se emplea en resolver lo que ha de hacerse.

Mr. de Candolle, da en los consejos precedentes la fórmula de su propia vida.

«Nadie, nos dice su hijo, ha llevado mas lejos la economía de tiempo en los negocios insignificantes» y basta leer las memorias de Mr. Candolle, para ver que nadie ha gozado de las afecciones de familia, de las bellezas de la naturaleza y de las agradables relaciones de la sociedad como este ilustre botánico.

Los hombres que saben economizar y emplear bien su tiempo son los que mas viven, y los que disfrutan una vida mas dichosa y mas útil.

Si los escritores que se ocupan de estadística y de economía política, pudiesen calcular la proporción de la parte indiferente ó inútil, sobre todo en nuestras provincias, ¡qué perdida de fuerza moral é intelectual no encontrarían con gran perjuicio del perfeccionamiento, del progreso y del bien de nuestra patria!

FILOSOFIA. El yo de *Fichte*, tan solitario como salvaje, puerco espin de las abstracciones, que por donde quiera y como quiera que se le mida, de arriba abajo, de fuera á dentro, de derecha á izquierda, solo muestra inexorables púas: es un verdadero Segismundo en el drama de Calderon *La vida es sueño*. Segismundo se siente en su cárcel fuerte, enérgico, inteligente, y se impacienta y gruñe y maldice; y cuando se le saca á dar una vuelta por el exterior comete desafueros, hace mil fechorías y despues que se le vuelve á encerrar por su mala índole, adormecido con un narcótico, filosofa al volver en sí, asegurando que cuanto ha pasado es un sueño, que todo lo objetivo es una ilusión; y construyendo lo real por lo ideal, se abisma en su conciencia, como un

(1) Hay personas que no cesan de hacerse visitas, no porque se quieran, ni porque tengan necesidad de este cambio de sentimientos, sino por exageración de etiqueta ó como confiesan frecuentemente por «matar el tiempo.» Pero matar así el tiempo, es matar á los otros y matarse á sí mismo.

(2) «Haced lo que hagais» dice un proverbio. «No conviene tener dos maestros á la vez» dice otro; así pues, ó trabajar, ó divertiros, ó descansar. Deséchese la indolencia pura del descanso. El placer, no siempre es lo mismo que el reposo. Uno que tiene necesidad de descanso y para conseguirlo se dedica á un placer que le fatiga, no debe admirarse de no recobrar las fuerzas necesarias para emprender de nuevo el trabajo.

caracol en su concha, y á fuerza de cavilaciones, cae en el sistema de *Fichte*, es decir, en el *idealismo trascendental*.

PENSAMIENTOS DE CAMPOAMOR.

EL VALLE DE GIETAZ EN SABOYA.

El hermoso valle de Gietaz en Saboya, que hoy pertenece al imperio francés, cedido á consecuencia de los últimos acontecimientos de la Italia, se halla como oculto y escondido en un pliegue de los Alpes casi á igual distancia de Annecy y de Albertville. Por el aire ó á vuelo de pájaro, no habrá mas que unos veinte kilómetros desde Annecy al valle Gietaz: para los viajeros hay muchísimo mas; empero es tan hermoso el pais que se atraviesa, y se embelesa uno tanto, que se hace corto el camino. El camino es cómodo por Alex y Thones. Al llegar á San Juan de Sixto se convierte en áspero y agreste: hay que despedirse de todo género de ruedas: hay que ir á pie y andando ó montar en un mulo, é ir por sendas dando revueltas y subiendo cuestas y llegar hasta Cluzaz, y pasar el col de Aravis. Este col ó garganta está á la altura de mil quinientos dos metros sobre el nivel del mar.

A medida que se penetra y se adelanta en esta árida brecha, tallada en granitos sombríos, la triste y severa austeridad de los montes suscita en el alma un sentimiento grave, austero, profundo. No es tristeza, ni tampoco contento lo que se siente, es una dulce y digna melancolía, en que parece que se afirma uno mas á sí mismo, en que está uno como satisfecho con respirar un aire tan vivo y tan fortificante, y al mismo tiempo se considera uno pequeño, débil, casi humillado, contento con poner aventuradamente el pie en el borde de precipicios y la cresta de montes inaccesibles. De pronto al dar una vuelta en la garganta, rasga la montaña el ceniciento velo de sus graníticas masas cual si quisiese recrear los ojos y el alma de los que la visitan, descubre un panorama de casitas de campo, de sombreadas colinas, de arroyos, de manantiales murmurando, saltando, cayendo en blancas y espumosas cascadas.

¡El valle de Gietaz! ¡Cuán bello es este imprevisto jardín abierto en un costado de Aravis! Allí las grandes matas están matizadas de florecillas silvestres; árboles de variadas esencias, abriga las pintorescas habitaciones y embalsaman las praderas. El campo, los ganados, los hombres, todo respira felicidad. El aldeano con paso activo y firme, rostro tranquilo y leal recuerda las generaciones fuertes y sencillas, las tradiciones patriarcales. Por todas partes presenta lindos contrastes el paisaje. Allí una cascada arrimada á un muro de granito estiende su espumante sábana, cerca de un puentecillo echado sobre un arroyo, cuyas aguas parecen hervir en su fondo. Mas allá en rápida corriente baja el Flon de la *Gran Cresta*, y crecido con los arroyuelos que se le reunen, va á juntarse cerca de Nuestra Señora de Bellecombe, con el Arlis, rio que caudaloso cae desde el monte Joli. Fijad vuestras miradas do quiera á donde os guíe vuestra fantasía y admiración: estais en una de esas pocas horas en que parece que el alma, suspendida entre el cielo y la tierra se mece en el espacio cual si se hallase desprendida de sus vínculos y lazos materiales. ¡Ah! cuán cierto es que en medio de estos grandiosos espectáculos se crece el pensamiento, se eleva y se purifica.



El valle de Gietaz en Saboya.